

promesas, que los asuntos del baile entraron en todo el calor de que son susceptibles.

Esperanza notó una cosa: que su marido estaba serio, é hizo otra, decirle al agente:

—¿Qué tendrá *ese*?

El agente le aconsejó prudentemente á Esperanza que no le hiciera caso.

¡Quien sabe si el corredor estaría serio porque notó que su mujer se había puesto un vestido morado que dejaba asomar un triangulito de la epidermis rosada del pecho!

El agente vió en el triangulito una esperanza de que su comadre se llegara á poner el vestido color de rosa, aquél que había dado origen á la risa que lo volvía loco.

V.

Cuando se fueron las visitas, á eso de la una de la noche, la casa del corredor presentaba un aspecto diverso.

El corredor no quería acostarse.

—¿Por qué no te acuestas? le preguntó su mujer.

El corredor gruñó.

—¡Acuéstate!

El corredor no contestó.

Su mujer se le sentó enfrente.

Vamos á ver: ¿por qué no te acuestas? ¿Estás disgustado conmigo? ¿he cometido alguna falta? Habla, por Dios!

Tanto hizo Esperanza, que su marido habló.

—Lo que tengo es....

Esperanza tembló.

—Lo que tengo es.... que se me pueden tostar habas: estoy echando chispas.

—Ya lo veo; pero ¿por qué?

—Porque....

—¡Ave María purísima! pensó Esperanza.

—Porque, continuó el corredor, porque mi compadre....

—Ya pareció aquello.

—Porque mi compadre, exclamó el corredor en el colmo de la ira, ¡no ha vendido el pescado!....

Esperanza arrojó de un golpe todo el aire que había estado guardando, para exclamar:

—¡Ahhh!.... ¿y por eso te afliges? A mí

me ha dicho que es negocio seguro, y que mientras más tarde lo venda lo pagarán mejor.

El corredor siguió triste, á pesar de esto; su mujer siguió insistiendo en que se acostara, y sólo lo consiguió después de muchos ruegos y á eso de las cuatro de la mañana.

Cuando vino el agente de negocios, Esperanza le dijo:

—Tengo que decir á usted.

—¿Qué?

—Una cosa: *ese* está enojado.

—¿Cómo!

—Furioso.

—¿Por qué?

—Dice que por el pescado

—¿Y usted cree?....

—Que es por otra cosa.

—¿Ya lo vé usted? Si me hubiera usted dicho por qué se rió usted, no hubiéramos dado lugar.....

—Sí; pero yo no he hecho nada malo, y es muy duro que sin que una dé lugar....

porque en fin, si él es celoso, muy santo y muy bueno, pero no tiene de qué.....

—Ya se vé: eso es una injusticia, porque una cosa es que usted no me quiera explicar por qué se rió, y otra.....

—No, compadre: no seamos hipócritas.

—¡Comadre!

—Todo es una misma cosa.

—¿Usted cree?

—Sí; usted tiene la culpa de todo.

—¿Por qué?

—Porque me hace reir.

—Yo no tengo la culpa de que se ría usted de mí.

—No, yo no me río de usted, sinó de sus cosas.

—Tampoco de eso tengo yo la culpa.

La noche siguiente fué la primera en que concurrió á las posadas uno de los diputados cuotizados.

Este diputado tenía una rareza: era muy afecto á lo amarillo: llevaba guantes amarillos, chaleco con rayitas amarillas, y corbata amarilla.

Lo presentaron.

El diputado encontró muy guapote al corredor de número: le simpatizó.

Pero encontró todavía mas simpática á la mujer del corredor.

Estaba vestida de amarillo.

Bailó con ella: estaba muy bonita, mas bonita que las otras noches.

El agente de negocios se lo había dicho ya, y se lo había dicho hasta su marido.

—¿Qué me ves? le preguntó ésta sorprendida de que su marido la viera tanto.

—Que te sienta ese vestido.

—Gracias, papasito: ¡viejo verde!....

—¿Qué le dice á usted su marido? le preguntó el diputado.

—Nada, vejeces.

—¿Cómo vejeces?

—Que le gusto mucho con este vestido.

—A mí también, dijo el diputado sin haber tenido tiempo de morderse la lengua.

Y aquí encontró el diputado una brillante oportunidad para hacer un panegírico del color amarillo: le hizo notar á Esperanza

que él llevaba siempre algo amarillo, y dedujo lógicamente que Esperanza y él tenían el mismo gusto.

—Otra de las cosas que me gustan mucho, dijo el diputado, es la danza.

—A mí también, contestó Esperanza, cuando menos lo pensó.

Y ya eran dos cosas en que estaban de acuerdo Esperanza y el diputado.

Siguieron platicando y bailando danzas, y ¡qué casualidad! resultó que poco á poco iban convenciéndose los dos de que tenían los mismos gustos, absolutamente los mismos.

Esperanza experimentó una verdadera cuanto inocente simpatía por el diputado, y con una ingenuidad propia de la conciencia pura, le dijo á su marido:

—¡Si vieras cuánto me simpatiza el diputado!... es un excelente sugeto.

—¿Oíga?... gruñó el corredor de número.

Esperanza vió empañarse su sinceridad en la negra injusticia de su marido, y experimentó una triste desazón.

El corredor de número se puso furioso, al grado de proponerse no dejar bailar á su mujer con el diputado.

—Compadre, ¿por qué no bailas? le preguntó el corredor al agente.

—Porque no tengo compañera.

—Aquí está mi mujer. ¿Cómo? ¿no le has dado una danza á mi compadre?

—Es que...

—Nada, nada, compadre, á bailar; bailen, hijitos, bailen esta danza.

Esto dijo en voz perceptible el corredor, de manera que lo oyera el diputado.

Esperanza y el agente se pararon á bailar la danza, y el corredor creyó haber dado un golpe de diplomacia de los mas ciertos, desviando á su mujer del diputado, para entregársela á su compadre.

—¿Qué tiene usted? le dijo en la danza el agente á su comadre.

—Furiosa.

—¿Por qué?

—Está celoso *ese*.

—¿De mí?

—No, del diputado.

Aquí fué donde tocó al agente de negocios reírse á reventar.

—¿Por qué se ríe usted, compadre?

—¡Curiosa!

—¡Vengativo! ¿por qué se ríe usted?

El agente se reía á más y mejor.

—Estamos pagados.

—Comadre, esta es la danza mas encantadora que...

—¿Qué?...

—Que he bailado en mi vida.

VI.

Esa noche hubo un aumento considerable de botellas, y sustituyendo al *Perfecto amor*, vino el cognac, el Padre Kermann y el Chartreuse.

El diputado, que desde que llegó á México había hecho su estudio práctico de brindis en el Tívoli, invitó á brindar al corredor y á su mujer.

—Por nuestra amistad, dijo: por la felicidad conyugal que se gozará en ver siempre

inalterable este hijo de Sonora, todo corazón y sentimiento, todo amor para sus amigos; porque esta patria querida nos permita, aún en medio de las funestas revueltas intestinas, gozar de la paz que nos brinda con ratos tan placenteros como el presente; por la simpática señora de usted, á quien he tenido el mayor gusto en conocer, como una de las mexicanas mas recomendables y hechiceras.

Chocó su copa con la de Esperanza y con la del corredor, y la apuró.

Esperanza le hizo una seña á su marido para que contestara el brindis; pero el corredor no se dió por entendido.

Al corredor le sucedió una cosa rara: por pensar en el diputado, no se volvió á acordar del camarón ni de su compadre.

La animación subió de punto en aquella noche, al grado que el diputado pidió para sí la posada de la noche siguiente, y Sánchez, el señor Sánchez, pidió otra.

A las dos de la mañana, volvió á repetirse la escena de la noche anterior.

El corredor no se quería acostar; estaba lo que se entiende celoso: hecho un energúmeno contra el pobre diputado, á quien pretendió poner en ridículo ante su mujer.

—Ya lo verás, decía; me va á costar esto un ojo de la cara; con eso, y con que mi compadre no venda el pescado, nos lucimos; para tí, que estabas queriendo que la cena de la Noche buena fuera modesta, á ver si te atreves á servir á estas gentes revoltijo y robalo en aceite y vinagre; á ver si les sales con tu cena de familia. para que te critiquen; ahora, todo lo que no sea salmón y ostiones y fiambres, nada vale; ya esto se puso de lujo; allá verás, allá verás al diputado fanfarrón, que por quedar bien contigo, echará mi casa por el balcón; y luego el señor Sánchez... y en fin, y todo por tus coqueterías.

—¿Mis coqueterías?

—Sí; si tú no le hubieras sacado el diente al diputado, no se hubiera entusiasmado al grado de pedir una noche, y en todo esto, ¡el papel que voy á hacer!

Entretanto, el agente de negocios se estaba dando mil parabienes.

Hacía algunos años que conocía á su comadre, y hasta ahora... hasta ahora le había notado un *chisgo*... y sobre todo una risita tan maliciosa...

—¿Dónde tendría guardada mi comadre esa risita? se preguntaba el agente; vamos, si sobre que es una risa... y luego mi compadre que se está volviendo tan imprudente.

Todo esto lo pensaba el agente, mientras que Esperanza y su marido se tronaban por el diputado.

Una cosa alentaba á Esperanza en la contienda, y era que el corredor no había dado en el ítem.

Esperanza tenía esta lógica:

—Mi marido es torpe é injusto, y esto no lo puedo tolerar; si se encelara de mi compadre, pase; pero del diputado.... por lo cual.... allá se la haya.

La noche fué mas borrascosa que la anterior; pero Esperanza se durmió mas pron-

to, como si su propio marido le hubiera aligerado el peso de su conciencia, errando el tiro.

La quinta noche de posadas en la casa del corredor de número, estuvo espléndida: el diputado envió preciosos juguetes para obsequiar á las señoras; se sirvieron ponches, jaletinas, *sandwichs* y pasteles; se tomó champagne, y la concurrencia estuvo de lo más complacida.

Esperanza tuvo mucho de qué hablar con su compadre, y con razón. Tenía que contarle todo lo que le había sucedido.

Esperanza á pesar de todo, bailó con el diputado, quien por hacer los honores, se estaba inclinando ya, á fuerza de ponches, á acentuar la danza.

Los borrachos abusan de la prosodia y acentúan hasta la danza.

El diputado era hombre de buena cabeza; pero se sentía muy animado en algunos momentos; se ponía expansivo y locuaz, y le daba por querer á todo el mundo.

Todo esto era oro en polvo para los celos

del corredor, quien, cada vez mas desorientado, no tenía más consuelo que quejarse con su compadre.

—No lo creas, le decía éste; el diputado es inofensivo, todo lo hace de buena fé; y como es de Sonora, es francote y tiene sus naturalidades.....

—Lo mismo me dice mi mujer; pero qué quieres, yo no lo paso, y vamos á acabar mal.

Por supuesto que Lupe y Aurelia no cabían en sí de felicidad, supuesto que su papá y su mamá estaban tan entretenidos en sus asuntos, que no habían tenido tiempo de observar que las chicas se despachaban entretanto con el cucharón.

Los pollos, novios de las muchachas, estaban también en el auge de su felicidad.

—Esta noche no hubo rezo, dijo uno.

—No, se suprimió, porque como han venido tantas personas de cumplimiento.....

Efectivamente, el corredor estaba logrando ser extranjero en su propia casa: ya casi no conocía á nadie, y como se había descui-

dado la indispensable fórmula de las presentaciones, los pollos y los cuotizados, sin ceremonia alguna, llevaban ya á todos sus amigos, al grado de no ser posible ya bailar en la sala, á causa de lo numeroso de la concurrencia.

El corredor, estaba tostado, y siendo el objeto de críticas de los concurrentes, por su retraimiento y mal humor.

La tercera contienda conyugal fué mas estrepitosa, al grado que se hizo notar por todas las personas de la familia; y ya el diputado era objeto de bromitas y epigramas de parte de los pollos, en tanto que el bueno del compadre gozaba de la reputación de santo, siendo así que tenía ya para su capote que decididamente su comadre era ya, sobre muy desgraciada en su matrimonio, muy digna de toda su consideración.

VII.

Las noches siguientes no cedieron en nada en lujo y concurrencia á las anteriores, y ya las señoras se presentaron con grandes

vestidos de baile, y no había uno solo de los caballeros que no llevara guantes.

Llegó la Noche buena, y el pobre del corredor había abandonado el campo desde la víspera, so pretexto de tener mucho que hacer en la calle; y el diputado, Sánchez, el agente, los novios de las niñas y algunos pollos entusiastas, se apoderaron de la casa del corredor como de país conquistado: era una verdadera guerrilla de esas que salvan á la patria cada rato, era una irrupción de vándalos; era una torre de Babel. Ya vienen unos cargadores con naranjos y pinos de parte de Sánchez; ya llegan unos criados de la casa de Fulcheri, con el servicio de la mesa, de parte de Sánchez; la modista se encierra con las niñas; los criados se atarantan; se quitan los muebles de la sala para poner otros mejores, que se han alquilado; la recámara del corredor se convierte en segunda sala de baile, y sin maldita la oposición, le ponen sus papeles debajo de una cama: quien pone velas; quien cuelga faroles; quien se lleva á una polla por un

pasadizo para darle celos; y aquella casa, en fin, era una trapisonda incomprensible.

El agente de negocios encontró llorando á su comadre, y tuvo necesidad de consolarla, empleando todos los recursos de la oratoria, y otros de su invención particular, hasta que consiguió que su comadre volviera á reírse.

La Noche Buena fué buena para todos, excepto para el pobre corredor, que estaba en un brete, al grado de que ya ni ponía cuidado en lo que estaba pasando.

Qué tal sería el *spleen* del corredor, que dejó que el diputado hiciera lo que le diera la gana.

Lo único que veía el corredor era su reloj.

Le hizo una grosería á su compadre, dos al diputado, tres á su mujer, y no hubo pollo ni concurrente á quien no le gruñera.

—¿Por qué está usted triste? le dijo un pollo (que acababa de cenar furiosamente,) á la mujer del corredor.

—Porque mi marido está de mal humor.

—¿Y eso es todo? preguntó el pollo. Vamos á alegrárselo á usted.

Y reuniéndose con otros tres pollos, invitaron al corredor á brindar primero contra los diputados, luego contra la danza; y de brindis en brindis, y por medio de esa tenaz insistencia de que es capaz un pollo á dos luces, acabaron por emborrachar al corredor.

Sólo que lejos de prestarle el licor la expansión que á los demás les había proporcionado, le causó un horrible malestar, y dando traspies el dueño de la casa, se fué á buscar la pieza mas oscura y retirada de ella para acabar de pasar la noche.

La aurora del 25 sorprendió al diputado rendido de fatiga y de satisfacción; á las pollas bailando todavía la última danza en brazos de sus novios y haciéndose las últimas protestas de amor.

La misma aurora, á pesar de que todo lo ve, no pudo hacerse cargo siquiera que bajo los pliegues del vestido color de rosa de Esperanza estaba la mano de ésta íntima-

mente estrechada con la del agente de negocios.

El corredor dormía profundamente.

El agente de negocios había vendido todo el pescado, y su comadre tenía razón: mientras mas tarde lo vendiera se lo pagarían mejor.

FIN.

UNIVERSIDAD DE BOSTON LIBRARY
"ALFONSO REYES"
Vol. 1625 BOSTON, MASS.

36222

